

rir la virtud, maltratando á su adversario. El silencio mismo parece que agravia á la virtud, puesto que la hace presa de la murmuracion. Todas estas razones son plausibles; sin embargo, Dios quiere que se haga el sacrificio; cuesta mucho el callar, y no es pequeña victoria el no deferir á todas estas razones. Pero ¡qué de gracias, buen Dios, son siempre el fruto de esta victoria! Un silencio exacto, una paciencia manejada entonces con prudencia sirven maravillosamente á la piedad. Dejemos á Dios la justificacion de sus siervos; no se perderá uno solo de sus cabellos, Dios se encarga de defenderlos. ¿Quién tenia mas razones y mas interés en justificarse que Jesucristo? Sin embargo, no dijo una palabra para ello. ¡Buen Dios! ¡qué bella leccion es para mí, y para todos los que sufren en vuestro servicio, vuestro silencio en medio del fuego de la mas violenta y la mas injusta de las persecuciones! Nos seria fácil confundir á todos nuestros enemigos; parece aun que seria gloria nuestra el hacer brillar nuestra inocencia, y aniquilar á todos los que con las mas negras calumnias se esfuerzan en desacreditarnos. Pero el Hijo único de Dios, el Redentor del género humano, el autor de una nueva religion tan pura, tan divina, tan santa, el Rey del universo, el Mesias, Jesucristo calla, Jesucristo sufre sin decir una palabra; y despues de esto, ¿clamaremos contra la injusticia de los que nos maltratan? Este silencio tan instructivo, esta paciencia tan heroica es la que ha enseñado á callar á tantos santos; ella es la que les ha movido á pedir á Dios tan de corazon por sus perseguidores, como por los que les hacian los servicios mas importantes. ¿Y cuando harán impresion en nosotros estos ejemplos?

Desde ahora, Señor, porque estoy ya resuelto á mirar todas estas pequeñas contradicciones como otros tantos favores de un precio inestimable. Haced, ó Dios mio, que mis resoluciones sean eficaces, y que me crea dichoso por ser tratado como vos lo habeis sido.

JACULATORIAS. — Levantaos, Señor, y no dejéis que tome cuerpo la insolencia de vuestros enemigos. (*Psalm. 9.*)

El pobre desahuciado de todo el mundo pone en vos, ó Dios mio, toda su confianza, y halla en vos una proteccion que le indemniza bien de todo lo que ha sufrido de los hombres. (*Psalm. 9.*)

PROPOSITOS.

1 ¿Habeis tomado el partido de servir á Dios sin considera-

cion y sin reserva? dice el Eclesiástico, esperad muchas y crudas pruebas: porque no se esperan segun se debia, por eso se sienten algo mas. Es un error el mirar las contradicciones, los amargos sinsabores que se hallan en el camino de la perfeccion como obstáculos pesados que hacen el camino mas malo, ó á lo menos mas difícil. Son espinas que sirven de vallado, y que rechazan todo lo que es enemigo y que puede dañar. Guardaos bien de temer lo que prueba la virtud, lo que la alimenta, y lo que la hace honor. Mirad esos sinsabores, esas zumbas, esos desprecios que hacen de vosotros los que odian mas vuestra virtud que vuestra persona; mirad, repitid, las pequeñas mortificaciones que os procuran como un beneficio insigne que os hacen, é imponeos una ley de no quejaros nunca de él.

2 Es una cobardia criminal y aun indigna de un hombre de bien el omitir el bien y la práctica de la virtud, temiendo las burlas de los libertinos y de los mundanos. Guardaos bien de justificaros ó de quejaros. Esto seria lo mismo que si alguno se acalorase mucho para mostrar que no es un defecto reprehensible el tener una nariz y dos ojos. En estos lances guardad un profundo silencio; perseverad en vuestros ejercicios de piedad sin decir una palabra; conducios siempre en ella por un motivo puro, y practicadla del modo mas perfecto. No despreciéis las burlas de los mundanos por orgullo, pero no hagais caso de ellas sino por virtud. Tener demasiada sensibilidad en esto es señal de una virtud muy débil, y muchas veces aun de una virtud falsa.

DOMINGO DE PENTECOSTES.

LA fiesta de Pentecostes cristiana fué figurada por la de la Pentecostes judaica. Es la única, con la de la Pascua, cuyo verdadero origen encontramos en el antiguo Testamento, y cuya institucion inmediata, por consiguiente, podemos atribuir al mismo Dios que mandó celebrar la Pascua y la de Pentecostes á su pueblo como las dos principales solemnidades del culto religioso que debia tributarle.

La fiesta de Pentecostes, dice Eusebio, es la mas grande de todas las del año. En efecto, ella es la perfeccion de la grande obra de la redencion, la consumacion de todos los misterios de la religion, la publicacion solemne de la nueva ley, y como el último sello de la nueva alianza. El Espíritu Santo ha sido enviado, dice S. Agustin, á fin de que la virtud de este mismo espíritu consumase la obra que el Salvador habia comenzado, para que con-

servase lo que el Salvador habia adquirido, y para que acabase de santificar lo que el Salvador habia rescatado.

Entre todas las criaturas no hay ninguna, dicen los Padres, que haya llamado mas la atencion de Dios, por decirlo así, ni que le haya costado tanto como el hombre. Diríase que todas las tres Personas divinas se han complacido en perfeccionarle y hacerle admirable, y hacerse admirar ellas mismas en esta obra maestra. El Padre le bosquejó, si podemos explicarnos de este modo, criándole; el Hijo le perfeccionó rescatándole; y el Espíritu Santo le ha concluido santificándole. El Padre formando al hombre, dice un piadoso orador cristiano, le dió la razon para conocer, el apetito para amar, la libertad para obrar con mérito; el Hijo reformando á este mismo hombre, le ha dado la fe para conducir su razon, la caridad para rectificar su apetito, la gracia para fortificar su libertad; y el Espíritu Santo para dar las últimas pinceladas á esta obra, añade la inteligencia á la fe, el ardor y el zelo á la caridad, y la fortaleza y la magnanimidad á la gracia: de suerte que puede decirse que el Padre nos ha hecho hombres; que por Jesucristo hemós llegado á ser cristianos; y que el Espíritu Santo es el que nos hace santos, y en esto es, en algun modo, en lo que estriba todo el fondo de este gran misterio.

La descension del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que es el motivo de la solemnidad de este dia, es propiamente la fiesta de la consumacion de todos los misterios de la religion; la época célebre de la publicacion de la ley y del establecimiento de la Iglesia. Esta Iglesia habia sido formada por Jesucristo antes de su ascension al cielo; pero estaba todavía, por decirlo así, en la cuna durante los diez dias, en los que los apóstoles y los discipulos estaban encerrados en el cenáculo; hasta el dia de Pentecostes no se mostró por primera vez al público esta esposa de Jesucristo; en aquel dia tomó como posesion de la herencia prometida á los descendientes de Abraham, y entró en todos los derechos que habia perdido la sinagoga, y en todas las prerogativas que el Salvador la habia concedido. Justo, pues, era que fuese una de las mas solemnes. No se duda, segun se ha dicho, que los mismos apóstoles la hayan instituido por sí mismos entre los primeros fieles, por el interés que tenian de no dejar en el olvido un acontecimiento tan glorioso para ellos y tan ventajoso para la Iglesia: S. Lucas refiere la ansia que tenia S. Pablo de hallarse en Jerusalem para celebrar la fiesta de Pentecostes; es muy probable que seria la Pentecostes cristiana, puesto que no se ve que los apóstoles hayan celebrado las fiestas de los judíos.

Nunca hubo una analogía mas perfecta entre la figura y la rea-

lidad que la que se halla entre la fiesta de Pentecostes de los judíos y la de los cristianos. La primera fué prescrita para el dia quincuagésimo despues de la ceremonia de la Pascua ó del cordero Pascual; y la segunda se celebra el dia quincuagésimo despues de Pascua. Aquélla fué, segun los Padres, la publicacion de la ley de Dios, hecha sobre la montaña del Sináí, el dia quincuagésimo, entre el ruido de los truenos, de los relámpagos y de las trompetas, que fué el motivo principal de la Pentecostes judaica: esta es la publicacion de la ley nueva, dada á los apóstoles por el Espíritu de verdad al cabo del mismo número de dias, entre el ruido de un viento impetuoso y entre el brillo relumbrante de una exhalacion inflamada, que es lo que hace el principal objeto de la fiesta de Pentecostes de los cristianos. S. Agustín prueba por la misma Escritura, que el dia de Pentecostes, esto es, el quincuagésimo despues de Pascua, fué el en que se dió á Moisés la ley de Dios sobre la montaña del Sináí. En el dia de Pentecostes fué cuando se cumplió la promesa que Dios habia hecho en otro tiempo por el profeta Jeremías, cuando dijo que nos daría una nueva ley mucho mas perfecta que la primera, que tantas veces habia sido violada. Pero he aqui la nueva alianza que, cuando llegare el tiempo, haré yo con la casa de Israel. No la escribiré en tablas de piedra; la imprimiré, la escribiré yo mismo en el corazon. No se me servirá ya con un temor servil, sino por amor: yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. El profeta Ezequiel anuncia tambien, y espresa este gran misterio en términos todavía mas claros y mas precisos: Derramaré, dice el Señor, sobre vosotros una agua pura, y quedareis purificados de todas vuestras inmundicias: atude á las diferentes aspersiones usadas entre los judíos, las cuales purificaban de las inmundicias legales, y eran figuras del bautismo y de la penitencia, que nos lavan de nuestras iniquidades en virtud del mérito de la sangre de Jesucristo, y por la aspersion invisible del Espíritu Santo y de su gracia. Entonces os daré un corazon nuevo y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; os quitaré ese corazon de piedra, ese corazon duro, ingrato, indócil; os daré un corazon flexible, dócil, reconocido; os daré, en fin, mi espíritu, y entonces os agrardará mi ley, y marchareis con alegria por el camino de mis preceptos: nada se os hará difícil en mi servicio, y guardareis mis mandamientos con fidelidad y con alegria. Todas estas predicciones se han verificado exactamente, y se han cumplido tan visiblemente estas promesas en el dia de Pentecostes por la venida del Espíritu Santo, que no se necesitan, al parecer, mas que las luces de la razon para quedar convencidos de la publicidad y de

la verdad de este gran misterio, el cual se ha cumplido de la manera siguiente.

Habiendo llevado el Salvador á sus apóstoles y discípulos al monte de los Olivos el día de su gloriosa ascension para que fuesen testigos de su triunfo, les prometió que les enviaria el Espíritu consolador, el cual derramaria sobre ellos todos sus dones, que quedarian llenos de ellos, y entonces comprenderian todas las verdades que les habia enseñado. Que abrasados entonces con este fuego divino, iluminados con las luces mas puras de la gracia, se verian animados de un valor que no conocian, de una fortaleza que les haria sobrepujar sin trabajo todos los obstáculos. Que predicarian con una santa libertad y un resultado maravilloso su nombre y su Evangelio en medio de Jerusalem, en toda la Judea, la Samaria y por toda la tierra. Pero que para prepararse á recibir un don tan grande del cielo, les mandaba que fuesen á encerrarse en Jerusalem, y que pasasen allí los diez dias que restaban en retiro y en oracion. Ejecutóse este orden religiosamente y con puntualidad. Habiendo subido Jesucristo al cielo del modo que hemos dicho en el día de la Ascension, se retiraron á Jerusalem, y se encerraron en una gran casa que habian elegido para lugar de su retiro todos los once apóstoles y los demás discípulos en número de cerca de ciento y veinte en que consistia entonces toda la Iglesia; teniendo á su cabeza á la santísima Virgen, la cual constituia entonces todo su consuelo. El paraje mas santo de aquella casa era el cenáculo, que era una gran sala en un lugar retirado en lo mas alto de la casa, lejos del tumulto, y á propósito para hacer oracion. Esta sala fué la primera iglesia de los cristianos en donde celebraban sus asambleas, en una de las cuales se resolvió llenar en el colegio apostólico la plaza vacante por la apostasia y por la muerte del traidor Judas, habiendo quedado elegido S. Matias para llenarla.

Habiendo llegado el día de Pentecostes. Era esta una de las tres principales fiestas de los judíos. En aquel día ofrecian á Dios panes hechos con los primeros frutos de la nueva cosecha. Llamábase esta fiesta *Pentecostes* ó *quincuagésimo día*, porque se celebraba el día quincuagésimo despues de la fiesta de Pascua, como ya se ha dicho, en memoria de haber dado Dios su ley sobre el monte Sinai, cincuenta dias despues de la primera Pascua y la salida de Egipto. Hallábanse reunidos todos los discípulos con la Madre de Dios en el sitio en donde acostumbraban á hacer su oracion, á las nueve de la mañana. En medio de su oracion se oyó repentinamente un gran ruido, como de un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa, el cual se oyó en toda la poblacion.

Este ruido, este viento, esta impresion sensible eran símbolos de la presencia de la divinidad, como en otro tiempo en el Sinai los truenos, los relámpagos y la montaña que humeaba manifestaban la majestad de Dios que en cierto modo se sensibilizaba á todo el pueblo. Mas prodigioso aun fué lo que sucedió al mismo tiempo. El viento ó turbillon que venia del cielo fué acompañado de una especie de globo de fuego, cuyas llamas separándose repentinamente en forma de lenguas de fuego se esparcieron sobre toda aquella santa congregacion, y se fijaron sobre la cabeza de cada uno de ellos. No era un fuego real y material, solo eran signos exteriores y apariencias sensibles de los efectos que el Espíritu Santo producía inferiormente en cada uno de los discípulos, y que debia producir en el corazon de los primeros fieles llenándolos de sus dones. En efecto, todos los apóstoles y discípulos llenos del Espíritu Santo se sintieron en el mismo instante abrasados todos de aquel fuego divino, ilustrados con luces sobrenaturales que les daban una inteligencia perfecta de los misterios mas altos y de las verdades mas sublimes, animados de un valor y de un santo atrevimiento desconocido para ellos; en fin, como mudados de pronto en otros hombres.

Jerusalem estaba entonces llena de un gran número de judíos, que de todas partes habian concurrido allí para solemnizar la fiesta de Pentecostes; pues aunque la distancia de los lugares pudiera dispensarles de hallarse en Jerusalem, aun en los días de las grandes festividades, habia, sin embargo, muchos á quienes traia á ellas su piedad y devocion, y aun por esto les llama la Escritura *viri religiosi*: hombres afectos á la religion. Estos judíos forasteros se unieron á los de la ciudad, y acudieron al ruido que habian oido, de modo que el cenáculo ó la casa se vió muy pronto rodeada de una multitud cuasi infinita de gentes de toda suerte de naciones. Los apóstoles que no deseaban mas que comunicar el fuego divino de que estaba su corazon abrasado, no esperaron á que les sacasen de su retiro, ellos mismos se presentaron delante de todo aquel pueblo allí reunido, el cual quedó extraordinariamente sorprendido al ver á aquellos pobres pescadores, que apenas sabian la lengua del país, gentes idiotas, estúpidas y groseras, predicar públicamente á Jesucristo con un valor, una elocuencia y una uncion, que movia á todo el mundo; creció mucho mas el asombro, cuando todos aquellos diferentes pueblos, de un idioma tan diverso cada uno, advirtieron que cada uno les entendia; no obstante que no hablaban mas que una sola lengua, que era la siríaca. El don de lenguas que entonces recibieron todos los que habian recibido el Espíritu Santo,

consistia en que podian entender y hablar las diferentes de los pueblos con quienes debian tratar; y lo que hay aun mas portentoso es que hablando ellos una sola lengua les entendian todos los diferentes pueblos que les escuchaban, de modo que cada uno creia que hablaban la lengua de su pais, sin que hablasen mas que la suya que era la siriaca. Verificáronse, pues, entonces dos milagros en los apóstoles, el uno que hablasen en griego, en persa y en romano, cuando hablaban á un griego, á un persa ó á un romano en particular: el otro, que hablando á todos estos diferentes pueblos en general, cada uno de ellos les oia hablar su lengua, no obstante que en realidad no hablaban entonces mas que la nativa suya. Esto fué lo que asombró á aquella multitud, y lo que les obligó á exclamar en medio de su asombro: ¿Qué es esto? Jamás se ha visto cosa semejante! ¿Estas gentes no son todos galileos? ¿Como, pues, les oimos hablar la lengua de nuestro pais? Nosotros, á la verdad, todos somos judíos, si no de nacimiento, al menos de religion; pero de pais y de idioma somos muy diversos: los unos son partos, los otros medos, muchos son persas, los hay de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de la provincia del Ponto, de la Asia menor, de Frigia, de Panfilia, de Egipto y de la Libia que está próxima á Cirene; muchos han venido hasta de Roma; algunos de la isla de Creta ó de la Arabia; pero todos cuantos estamos aquí, ya judíos naturales, ya prosélitos, esto es, gentiles que han abrazado el judaismo, les hemos oido, cada uno en nuestra lengua, exaltar y publicar las maravillas incomprendibles que Dios ha hecho, y de que no habiamos oido nunca hablar. Tan grande fué su sorpresa, que se miraban unos á otros, y poseidos de una admiracion que les embargaba, se preguntaban: ¿Qué quiere decir todo esto?

Habiendo advertido S. Pedro la estrañeza que esta maravilla causaba en todos los ánimos, levantó la voz para que todos le oyesen; y como vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia comenzó á desenvolver el misterio que se cumplia: Vosotros todos, les dice, que os gloriais de haber nacido judíos ó que habeis abrazado el judaismo, y que estais hoy reunidos en Jerusalem, escuchadme. La causa de estas maravillas de que sois testigos, y que os causan tanta admiracion, no es lo que algunos de vosotros piensan; lo que tanto admirais en nosotros, y todo lo que acabais de oir no es un efecto de embriaguez; vosotros sabeis que en los dias festivos, como es el que celebramos, no nos es permitido beber ni comer antes del mediodia, y todavia no son mas que las nueve. Sabed, pues, que aquí se cumple la

promesa que el Señor habia hecho á su pueblo por su profeta Joel, de que en los últimos tiempos habia que descendiese su Espíritu sobre toda carne, sobre sus siervos y siervas; que les daria el don de profecía, el de milagros, y que les colmaria de sus dones (los términos profecía, sueño, vision, significan aquí en general todo género de revelaciones y de dones particulares del Espíritu Santo): todo esto acaba de cumplirse en la persona de aquellos en quienes acabais de admirar tantas maravillas. En seguida, aprovechándose el santo Apóstol de la disposicion en que se hallaba el pueblo, y de la atencion con que se le escuchaba, les hizo un discurso tan sólido, tan enérgico, tan patético, que no se sabia si el que hablaba era un hombre, ó era un ángel. Prueba en él sobre todo la divinidad de Jesucristo de la manera mas eficaz del mundo; les dice todo cuanto es capaz de persuadirla á los mas incrédulos, recorre todas las pruebas, la establece sobre el testimonio de los profetas, y su raciocinio no admite réplica. No disimula su felonía y su deicidio en la persona de su Salvador, del verdadero Mesías á quien han crucificado; demuestra su gloriosa y triunfante resurreccion; en la Escritura santa encuentra toda la historia evangelica hasta la descension del Espíritu Santo; en ella halla todas las circunstancias de que está acompañado este último misterio, hace valer los textos que cita, desenvuelve el verdadero sentido de las figuras que refiere; descubre el sentido que encierran oculto, apoya su explicacion con raciocinios tan fuertes, tan concluyentes y tan justos que se diria que habia envejecido en el estudio de los libros santos, y que se habia formado por un largo uso en el ejercicio de hablar y de discurrir, según todas las reglas de la elocuencia. Aun cuando no hubiera habido otra maravilla que esta en el misterio de este dia, hubiera sido suficientemente para convencer á los espiritus mas incrédulos.

Pedro, aquel pobre pescador, aquel hombre tan ignorante y tan grosero, que jamás supo otra cosa que manejar unas redes, que cuasi ha envejecido en una barca y en la pesca; aquel Apóstol tímido y cobarde hasta negar á su buen Maestro á la sola reconvençion de una criada ó de un criado: Juan, Santiago, Bartolomé, Tomás, Andrés y todos los demás apóstoles de una condicion tan vil, de un talento tan craso, de una ignorancia todavia mas crasa, convertirse en el momento que han recibido el Espíritu Santo en los doctores mas profundos y mas ilustrados; en los predicadores mas persuasivos y mas elocuentes; en los héroes mas magnánimos de toda la antigüedad; en los oráculos del mundo; tan penetrados de las luces de Dios, y

tan consumados en la ciencia del reino de Dios, como habian sido hasta entonces ignorantes, llenos de errores é incrédulos. ¿No fué en verdad una mutacion de la mano del Altísimo, el verlos en Jerusalem predicando verdades, que habian hecho profesion no solo de no creer, sino de contradecir, mientras que no hubieron recibido el Espíritu Santo? ¿Qué trabajo no le costó al divino Maestro para hacerles entender la doctrina celestial que habia venido á establecer sobre la tierra á pesar del cuidado que puso para darles una inteligencia perfecta de ella? todo lo que miraba á su divina persona era aun oscuro para ellos; su humildad les chocaba, su cruz era para ellos un escándalo, no concebían nada de sus promesas; en lugar de la verdadera redencion que debían esperar de él, se figuraban una quimérica, esto es, una redencion temporal, cuya vana esperanza les seducia. He aquí quienes eran estos hombres groseros, ignorantes y carnales antes de haber recibido el Espíritu Santo. Sí, dice S. Juan Crisóstomo, estos son los sugetos que elige el Espíritu Santo para hacer de ellos los doctores de la religion y los oráculos del mundo; de este carácter era menester que fuesen. Si hubieran sido menos idiotas y menos groseros, no hubieran ofrecido una prueba tan brillante y tan convincente de la divinidad de Jesucristo, de la virtud omnipotente del Espíritu Santo, de la verdad y de la autenticidad de nuestra religion, y de la santidad y de la veracidad de su doctrina.

Así es que esta maravilla hizo desde luego tanta impresion en los ánimos, que el fruto de esta primera predicacion de S. Pedro fué la conversion de tres mil personas. Nadie ignora los prodigios admirables que siguieron á este. ¡Qué de milagros y qué de conversiones milagrosas en medio mismo de Jerusalem! ¡Qué de portentos en toda la Judea, la Samaria y en todo el mundo consiguientes á la palabra de Jesucristo! Eran menester milagros para establecer la Iglesia de Jesucristo: no faltarán tampoco milagros en todos tiempos en esta Iglesia; pero ¿no puede decirse que el establecimiento y duracion de esta misma Iglesia es un milagro subsistente, el mas grande, el mas patente y el mas convincente de todos los milagros?

Doce pobres pescadores, tales como acaban de pintarse, sin armas, sin dinero, sin arte, sin apoyo, forman el designio de establecer en todo el mundo una nueva religion, y comenzar destruyendo y proscribiendo todas las demás religiones de todo el mundo. Propónense el hacer adorar en toda la tierra no mas que á un solo Dios en tres personas, esto es, tres personas realmente distintas, cada una Dios como la otra, sin que haya ni pue-

da haber mas que un solo Dios: hacer creer que este Dios se habia hecho hombre, que habia muerto en una cruz para rescatar á los hombres, que habiendo resucitado al tercero dia, cuarenta dias despues habia subido al cielo, de donde debia volver aun al fin de los siglos para juzgar á todos los hombres, recompensando con una felicidad eterna á los que habiendo creído todas estas verdades y observado sus mandamientos hubiesen muerto en su gracia, y para castigar con el mas horrible y el mas inimaginable de todos los suplicios por toda la eternidad á los que hubieren muerto en estado de pecado mortal. Si á lo menos á esta incomprendibilidad de los dogmas se hubiesen propuesto agregar una moral dulce, sensual, voluptuosa, acomodada á los sentidos, y tan carnal como la que reinaba tantos siglos habia en todo el universo, hubiera podido creerse que se hallarian gentes que hubieran dicho: Déjenseos vivir como queramos, y nosotros creeremos todo lo que se quisiere. Pero la moral que han resuelto hacer abrazar es, á la verdad, la mas santa que puede imaginarse, la mas pura, la mas racional; pero al mismo tiempo la mas austera, la mas contraria al amor propio, la mas enemiga de la sensualidad y de los sentidos. Los hombres son naturalmente soberbios, y esta nueva religion quiere que el fundamento del edificio espiritual en todos los que la sigan, sea la humildad mas profunda. Los hombres son carnales, naturalmente e tregados á sus pasiones, esclavos de su amor propio, y todos nacen con la inclinacion al pecado; son naturalmente afeeminados, voluptuosos, interesados, vengativos, coléricos; la nueva moral exige una mortificacion continua, una pureza sin mancha, un desinterés perfecto, una caridad universal, compasiva, benéfica, una dulzura y una paciencia que se estienda hasta perdonar de todo corazon las injurias mas atroces; exige, en fin, esta moral una vida en todo santa, siempre crucificada, jamás indulgente con los sentidos, con el amor propio, ni con la menor de las pasiones. Decir, pues, que doce pobres pescadores, los mas ignorantes, los mas desnudos de todos los talentos, los mas viles, los mas despreciables de todos los hombres se proponen hacer creer todo esto, hacer abrazar todo esto; y ¿a quiénes? á los romanos, á los griegos, á los escitas, á los persas, á los indios, á los egipcios, á los africanos, á los galos, en una palabra, á todos los pueblos de la tierra habitable; esta sola proposicion hace reir, y parece á la razon sola una estravagancia lastimosa, una locura que da compasion. Sin embargo, este designio que formaron los apóstoles desde el dia mismo de Pentecostes, por mas estravagante, por mas imposible que enton-

ces pareciera, se ha ejecutado, y nosotros vemos el milagro. Todos estos pueblos han creído, han abrazado esta ley santa, se han sometido á esta moral austera, á pesar de la corrupcion del corazon humano, sin embargo del orgullo del espíritu, no obstante todas las preocupaciones del interés y del nacimiento. La religion cristiana ha visto espirar el paganismo en medio de los fuegos que por todas partes se encendian para esterminar á los cristianos. La sangre de mas de diez y seis millones de mártires ha sido como la semilla de los fieles. No solo han abrazado la fe las ciudades, hasta los mas vastos desiertos se han poblado de santos anacoretas. La cruz se ha plantado hasta sobre la corona de los emperadores, y ha hecho su mas bello ornamento. Después de esto ¿se buscará ó se pedirá un milagro mayor? Este milagro es permanente, él subsistirá hasta la consumacion de los siglos, y este milagro es el efecto maravilloso de la descension del Espíritu Santo en este día. Tal ha sido la virtud del misterio que celebramos, tal el fruto de la fiesta de Pentecostes. ¿Estrañaremos que la Iglesia la celebre con tanta solemnidad, y que con Eusebio la haya llamado con razon la mas grande de todas las festividades del año?

El introito de la misa de este día es como el compendio de todo este gran misterio. Está tomado del primer capítulo del libro de la Sabiduría, y no hay cosa mas clara ni mas espresiva. *El Espíritu Santo del Señor, dice, ha llenado todo el universo; y como él contiene en sí todas las cosas, tiene la inteligencia de todas ellas, y sobre todo de todas las lenguas; y este don milagroso es el que ha comunicado á todos aquellos sobre quienes descendió, y á quienes llenó en este día de sus dones. Bendigamos sin cesar á la Trinidad adorable, y demosla eternas gracias por un beneficio tan grande; bendigamos al Padre de quien procede este Espíritu Santo, al Hijo que nos le ha enviado, al mismo Espíritu Santo que se ha dignado llenar hoy á todos los apóstoles y á todos los discípulos, y que anima todavía á toda la Iglesia y la animará en todos tiempos. Levántese Dios, prosigue, y disipense sus enemigos; muéstrese este Dios omnipotente, y huyan delante de él los que rehusan obedecerle, y sacuden el yugo de sus leyes.* Es este el principio del salmo 27, el cual debe entenderse de la venida de Jesucristo ó del Espíritu Santo, de sus victorias, de los misterios cumplidos en la persona del Salvador y del establecimiento de la Iglesia por sus apóstoles. Hace relacion en él el profeta de diversos prodigios del antiguo Testamento, que fueron la figura de lo que debía suceder en el nuevo. Ninguna cosa podia convenir mejor á la festividad.

La Epístola del día contiene la historia del misterio, segun que acabamos de contarla; y el Evangelio está tomado del discurso que Jesucristo hizo á sus apóstoles la vispera de su muerte despues de la última cena, como lo refiere S. Juan. *Si alguno me ama, dice el Salvador, pondrá en práctica mi palabra: mi Padre le amará, le visitaremos y estableceremos en él nuestra morada.* Acababa de hacer el Salvador un admirable discurso á sus apóstoles para prevenirles en orden á la ignominia de su muerte, y para consolarles de su ausencia les habia prometido que obtendrian todo lo que pidieren en su nombre, y que él les enviaria del seno de su Padre otro consolador que era el Espíritu Santo. Acababa tambien de decirles que el que le amase seria amado de su Padre, que él mismo le amaria tiernamente y se daria á conocer de él. Dicho esto, S. Judas se tomó la libertad de decirle: ¿En qué consiste, Señor, que os ocultais á las gentes del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros? Esto lo hago, respondió el Salvador, porque los que me aman guardan mis preceptos, y se conducen segun mis máximas. Por esto ganarán de tal modo el corazon de mi Padre y el mio, que no solo vendremos á ellos, sino que estableceremos en ellos nuestra morada por la gracia de la perseverancia que les concederemos. Da aqui razon Jesucristo por qué no se da á conocer al mundo, esto es, á los mundanos, á las gentes que no viven mas que segun el espíritu del mundo, de la manera con que promete darse á conocer á sus apóstoles. Esto es, porque el mundo no le ama, y la señal de que el mundo no le ama es que no guarda sus mandamientos. Esta doctrina celestial que yo he venido á enseñar á la tierra, les dice, no es, sin embargo, mia solamente, es tambien la palabra y la doctrina de mi Padre; ella nos es comun á los dos. Esto, añade el Salvador, es todo lo que yo tenia que decirlos antes de dejaros; pero el Espíritu Santo, este divino Consolador que mi Padre debe enviaros en mi nombre y á petición mia; el Espíritu Santo, digo, que os servirá de maestro en mi lugar, os recordará oportunamente y os dará la inteligencia perfecta de las verdades que os he enseñado, y que no habeis podido comprender. El os desenvolverá todos estos grandes misterios tan superiores al entendimiento humano; os hará comprender las grandes verdades de la religion, que ahora os parecen paradojas; os dará la inteligencia y el verdadero sentido de todas las figuras de la Escritura, y de todas las alegorías y parábolas de que yo mismo me he servido para acomodarme al alcance tan limitado de vuestro entendimiento naturalmente craso y grosero. Estas luces sobrenaturales, esta

perfecta inteligencia será uno de los principales dones del Espíritu Santo, al cual mi Padre y yo hemos como dejado la última perfeccion de la obra de la redencion, que es propiamente mi obra. *Yo os dejó la paz*: Dejar ó dar la paz en el estilo de los hebreos es saludarse y desear todo género de prosperidades. Jesucristo al dejar á sus apóstoles les da, no una paz como la que el mundo da, que no consiste mas que en vanos deseos de bienes frívolos y pasajeros; la paz que yo os doy, les dijo, es una paz sólida y eficaz que lleva consigo la seguridad de recibir todos los bienes que podeis desear. Gozad tranquilamente de esta dulce paz, y guardaos de dar entrada en vuestro corazon á la inquietud y al temor por mi salida de este mundo. Si mirais á vuestro propio interés, acordaos que yo os he dicho que no os dejo sino para volver muy pronto á vosotros; y si el amor que me teneis os hace desear lo que me es mas ventajoso, teneis motivo para regocijaros, puesto que no os dejo sino para ir á mi Padre, al cual en cuanto hombre soy inferior en dignidad, en poder y en perfeccion; pero que quiere darme en su reino tanto mas honor, cuanto menos he recibido en el mundo. Es claro que en todo lo que aquí dice el Salvador, no habla de sí mismo mas que en cuanto hombre: habia hablado bastante de su divinidad, por la que es en todo igual á su Padre, puesto que el Padre y él no son mas que uno. Y cuando dice aquí, *el Padre es mayor que yo*, no habla de sí mas que como hombre, ni tampoco estaban afligidos los apóstoles sino de su separacion como hombre. *Os he dicho esto ahora*, prosigue, y he creído deberos advertir con tiempo de mi vuelta á Dios mi Padre, no para afligiros, ni para endulzar mis penas, escitándoos á que tomeis parte en ellas, sino á fin de afirmaros en la fe sobre lo que mira á mi persona y mi doctrina. Nada prueba mejor que el que ha hablado es Dios, que el cumplimiento con todas sus circunstancias de lo que ha predicho. Por lo demás estad bien persuadidos que haga lo que hiciere el demonio, este pretendido príncipe de este mundo; haga lo que hiciere contra mí y contra vosotros por el ministerio de los que se han hecho esclavos suyos; él no tiene poder alguno con respecto á mí, y que aun el que ejerce su malicia sobre mis siervos, es solo por que yo se lo permito para procurarles mayor mérito. Por tanto, quiero permitirle que se encarnice contra mí, á fin de que el mundo vea hasta qué punto amo yo á mi Padre, que deseando que yo satisfaga plenamente á su justicia por los pecados de los hombres con la efusion de mi sangre, y que los rescate con mi muerte en la cruz, yo no padezco ni muero sino por hacer su

voluntad y agradarle. Si muero no moriré sino porque quiero, y á fin de conformarme en esto con la voluntad de mi Padre, y para que el mundo sepa que amo á mi Padre, y que ejecuto puntualmente las órdenes que me ha dado. Ni vosotros debeis olvidar jamás lo que os he dicho en el principio; esto es, que por la observancia exacta de los preceptos se prueba el amor.

La fiesta de Pentecostes no se termina con este solo dia, continua toda la octava, lo que dió motivo á que estos siete dias se llamasen una semana de fiestas, del mismo modo que sucedia antiguamente con la semana de Pascua. El mismo tiempo Pascual debia al parecer concluir en la vigilia de Pentecostes en la que se comienza ya á ayunar; pero como la vigilia de Pentecostes era el dia solemne en que la Iglesia conferia el bautismo, del mismo modo y con la misma solemnidad que el sábado santo, se continuó en favor de los neófitos la solemnidad de la Pascua toda la semana de Pentecostes. Haciaseles venir al oficio todos los dias; cantábase un cántico de alegría por su nacimiento espiritual; decíase la *alleluya* todo este tiempo, y para no fatigarles se abreviaba el oficio, y de aquí es que el oficio de la semana de Pentecostes no tiene mas que un nocturno, esto es, tres salmos y tres lecciones, y en la nona del sábado siguiente es cuando concluye el tiempo Pascual.

Asegúrase que desde el principio inmediatamente despues de la descension del Espíritu Santo sobre los apóstoles, la casa en donde habia acaecido esta maravilla se convirtió en iglesia, la cual propiamente es la primera iglesia de los cristianos; confirmólo S. Cirilo, obispo de Jerusalem, que vivia en el siglo iv, y la llama la iglesia de los apóstoles; y S. Epifanio testifica que fué exenta como milagrosamente en el saqueo de la ciudad en tiempo de Tito. Y era comun opinion que S. Estéban y los otros diaconos habian sido ordenados en esta iglesia, en la que los apóstoles congregaban todos los primeros fieles.

HIMNO DE SAN AMBROSIO.

Veni, Creator Spiritus,	Ven, Espíritu Santo enamorado,
Mentes tuorum visita,	Visita de tus siervos las potencias,
Imple superna gratia,	Llena de tus divinas influencias
Quæ tu creasti, pectora.	Y de gracia las almas que has criado.
Qui diceris Paraclitus,	Tú eres Abogado y fiel consuelo,
Altissimi donum Dei,	Don de Dios soberano y excelente,
Fons vivus, ignis, Charitas,	Caridad, fuego hermoso, viva fuente
Et spiritualis unctio.	Y espiritual uncion toda del cielo.

Tu septiformis munere,
 Digilus Paternæ dexteræ,
 Tu rite promissum Patris,
 Sermone ditans guttura.

Accende lumen sensibus,
 Infunde amorem cordibus,
 Infirma nostri corporis
 Virtute firmans perpeti.

Hostem repellas longius,
 Pacemque dones protinus:
 Ductore sic te prævio
 Vitemos omne noxium.

Per te sciamus da Patrem,
 Noscamus atque Filium,
 Teque utriusque Spiritum
 Credamus omni tempore.

Deo Patri sit gloria,
 Et Filio, qui a mortuis
 Surrexit, ac Paraclito,
 In sæculorum sæcula.

Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

*Deus, qui hodierna die cor-
 da fidelium sancti Spiritus il-
 lustratione docuisti: da nobis
 in eodem Spiritu recta sapere,
 et de ejus semper consolatione
 gaudere. Per Dominum... in
 unitate ejusdem Spiritus sancti
 Deus...*

*La Epistola está tomada de los Hechos de los Apóstoles,
 capítulo 2.*

*Cùm complerentur dies Pen-
 tecostes, erant omnes discipuli
 pariter in eodem loco: et fac-
 tus est repente de cælo sonus,
 tamquàm advenientis spiritus
 vehementis, et replevit totam*

Tú, que con siete dones resplandeces,
 De la diestra del Padre poderoso
 Eres dedo, promesa, don gracioso,
 Que las lenguas de voces enriqueces.

Enciende tu luz bella en los sentidos,
 Infunde al corazon tu amor ardiente,
 Con virtud roborando permanente
 Los desmayos del cuerpo padecidos.

Ahuyenta al enemigo mas perverso,
 Danos pronto la paz firme y constante,
 Siendo nuestro Adalid, yendo adelante,
 Evitemos asi todo lo adverso.

Concédenos que al Padre conozcamos
 Por ti, y al Hijo amado confesemos,
 Y á ti, Espíritu de ambos, veneremos,
 Y en todo tiempo firmes te creamos.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
 Al Hijo soberano, que glorioso,
 Resucitó triunfante y victorioso,
 Y al Espíritu Santo eternamente.

Amen.

O Dios, que habeis instruido
 é iluminado en este dia los cor-
 razones de los fieles, derra-
 mando en ellos la luz del Espi-
 ritu Santo; haced que el mismo
 Espíritu ilustre nuestras almas
 por la impresion de su ver-
 dad, y que las consuele sin
 cesar por una santa y celestial
 alegría. Por nuestro Señor Je-
 sucristo, etc.

Completos ya los dias de
 Pentecostes, estando todos los
 discipulos congregados en un
 mismo lugar, se oyó repenti-
 namente venir del cielo como el
 ruido de un viento impetuoso,

*domum, ubi erant sedentes. Et
 apparuerunt illis dispersitæ lin-
 guæ tamquàm ignis; sedilque
 supra singulos eorum: et re-
 pleti sunt omnes Spiritu sanc-
 to, et cæperunt loqui variis
 linguis, prout Spiritus sanctus
 dabat eloqui illis. Erant au-
 tem in Jerusalem habitantes
 Judæi, viri religiosi ex omni
 natione, quæ sub cælo est.
 Facta autem hac voce, conve-
 nit multitudo, et mente confusa
 est, quoniam audiebat unus-
 quisque lingua sua illos loquen-
 tes. Stupebant autem omnes,
 et mirabantur, dicentes: Nonne
 ecce omnes isti, qui loquuntur,
 Galilæi sunt, et quomodo nos
 audivimus unusquisque linguam
 nostram, in qua nati sumus?
 Parthi, et Medi, et Elami-
 thæ, et qui habitant Mesopo-
 tamiam, Judæam, et Cappa-
 dociam, Pontum, et Asiam,
 Phrygiam, et Pamphyliam,
 Ægyptum, et partes Lybiæ,
 quæ est circa Cyrenen, et ad-
 venæ Romani, Judæi quoque,
 et Proselyti, Cretes, et Ara-
 bes: audivimus eos loquentes
 nostris linguis magnalium Dei.*

que resonó en toda la casa en
 que habitaban. En el mismo
 momento aparecieron como len-
 guas de fuego dispersas que se
 fijaron sobre cada uno de ellos.
 Quedaron entonces todos llenos
 del Espíritu Santo, y comen-
 zaron á hablar en diferentes
 lenguas, segun les hacia hablar
 el Espíritu Santo. Hallábanse
 en Jerusalem judios de todas las
 naciones que están debajo del
 cielo, gentes afectas á la reli-
 gion. Al ruido que se habia
 hecho, se juntó una multitud
 innumerable, la cual quedó ad-
 mirada al oír que cada uno de
 los discipulos hablaba á cada
 uno en su lengua. Todos pas-
 mados y llenos de asombro de-
 cian: ¿Por ventura estas gen-
 tes que hablan, no son todos
 galileos? ¿Como es que cada
 uno de nosotros les hemos oido
 hablar la lengua de nuestro
 pais nativo? Partos, medos,
 elamitas, los que habitan la
 Mesopotamia, la Judea, la Ca-
 padocia, el Ponto, el Asia, la
 Frigia, la Panfilia, el Egipto y
 los cuarteles de la Libia en las
 cercanias de Cirene, y los que
 han venido de Roma; los ju-
 dios como los prosélitos, los de
 Creta y los de Arabia, todos
 acabamos de oírles referir en
 nuestras lenguas las cosas ma-
 ravillosas que Dios ha hecho.

«El libro de los Hechos de los Apóstoles contiene la historia
 de la Iglesia desde el dia de la Ascension del Salvador hasta la
 libertad de S. Pablo, dos años despues de su llegada á Roma;
 esto es, un espacio de treinta años, desde el 33 hasta el 64